

## CAPÍTULO XIX

### EL MEQUETREFE

¿ No es sorprendente que un joven educado en un sistema de presión exajerada se convierta en un hipócrita? Este fué, no obstante, el caso de Tom. ¿ No era extraño que fuera incapaz de gobernarse un joven á quien jamás se abandonara cinco minutos consecutivos? Y, sin embargo, ello ocurría á Tom. ¿ No era incomprendible que un joven, á quien se había triturado la imaginación en la niñez, se viese aun perseguido por el fantasma de tal imaginación difunta, en forma de grosera sensualidad? Pues tal era la situación monstruosa de Tom.

— ¿ Fuma V. ? — preguntó el Sr. James Harthouse, al llegar á la puerta de su hotel.

— Un poco — respondió Tom.

El Sr. Harthouse no podía menos de invitar á Tom á que subiera; y éste, por su parte, no podía menos que subir. Gracias á una bebida refrescante, pero no floja; gracias también á un tabaco menos corriente que al expendido en aquel lugar, Tom tumbóse pronto en un extremo del canapé, con toda comodidad, estando

dispuesto á admirar á su nuevo amigo, que se había colocado al otro extremo.

Al cabo de un rato, Tom disipó el humo que le rodeada y se puso á examinar á su huésped.

— No parece ocuparse en su tocado — pensó Tom, — y, sin embargo, ¡ qué bien viste ! ¡ Qué bien lleva la ropa !

Habiendo encontrado por azar la mirada del Sr. James Harthouse á la de Tom, el futuro miembro del Parlamento observó que su amigo no bebía y llenó su vaso con mano negligente.

— Gracias — dijo Tom — Gracias. Dígame, Sr. Harthouse, estará V. harto ya del viejo Bounderby.

Tom pronunció estas palabras guiñando del ojo y mirando á su huésped con aire fino, por encima del vaso que tenía en la mano.

— Tiene cara de buen chico, — replicó el Sr. Harthouse.

— Ah ! sí, lo cree V. ¿ de veras ? — dijo Tom, guiñando del ojo.

El Sr. James Harthouse sonrió, levantóse del canapé y, apoyándose en la chimenea, permaneció allí fumando, delante de la reja vacía y enfrente de Tom.

— ¡ Qué cuñado más chusco es V. ! — observó.

— Querrá V. decir : que cuñado más chusco es el viejo Bounderby — dijo Tom.

— Usted se chulea con él, Tom — replicó el Sr. James Harthouse.

Algo agradable había en sentirse dentro de aquella intimidad, con un chaleco semejante; en oírse llamar Tom de manera tan confidencial y por aquella voz; en familiarizarse, en tan poco tiempo, con aquel par de patillas, por lo que Tom se gloriaba de sí propio.

— Oh! bien me burlo del viejo Bounderby — dijo — y eso es lo que quiere V. decir. Cuando hablo de él, le llamo siempre el viejo Bounderby y le miro como un viejo bonachón. No es hoy el día en que me muestre cortés para con él, pues sería ya un poco tarde.

— Por mí, lo mismo da — replicó James — pero cuando la señora está presente, hay que ir con tiento.

— ¿Su mujer? — dijo Tom. — ¿Mi hermana? ¡Ah, ya lo creo!

Y echóse á reír, tomando un sorbo de la bebida refrescante.

James Harthouse seguía holgando junto á la chimenea, en la misma postura, fumando el cigarro con su desembarazo habitual, contemplando al mequetrefe con el aire benévolo de un demonio amigable y seguro de su acción, como sabiendo que, con voltear alrededor de su huésped, pudiese hacer, en su caso, que le entregase

el alma. En verdad se hubiera dicho que el mequetrefe cedía á una influencia de ese género. Empezó á mirar á su compañero con cautela, mientras él no le veía, luego con admiración, después cara á cara, atrevidamente, y estiró una pierna en el canapé.

— ¿Mi hermana Lu? — dijo Tom. — Cuando se casó con el viejo Bounderby, no le quería.

— Habla V. del pasado, Tom — replicó el Sr. Harthouse, haciendo caer la ceniza de su cigarro con el dedo meñique. — Pero ahora estamos en tiempo presente.

— No querer, verbo activo, modo indicativo, tiempo presente. Primera persona singular, yo no quiero; segunda persona, singular, tú no quieres; tercera persona, singular, ella no quiere — replicó Tom.

— ¡Muy bien! ¡Muy gracioso! — dijo su amigo. ¿Pero no piensa en lo que está V. ahí diciendo?

— ¡Ya lo creo, si pienso! — exclamó Tom — Palabra de honor. ¿No me dirá V., señor Harthouse, que crea verdaderamente que mi hermana Lu ame al viejo Bounderby?

— Querido amigo — repuso el otro — ¿Cómo quiere que no lo crea, cuando veo á dos cónyuges vivir felices y de acuerdo?

Tom tenía ya las dos piernas en el canapé.

Si la segunda no se hubiese encontrado bien arrellanada, al llamarle querido amigo el Sr. Harthouse, no hubiera dejado de estirla toda en aquel período interesante de la conversación. Sintiendo, empero, que debía reconocer el honor que acababan de hacerle, tendióse como una ternera, con la cabeza apoyada en el extremo del sofá, fumando con afectada soltura; después volvió su semblante vulgar y sus ojos, algo turbados por el vino, hacia el rostro que le dominaba con aire tan despreocupado y, á la vez, tan poderoso.

— Conoce V. á nuestro educador, señor Harthouse — dijo Tom — y no debe por ello extrañarse de que Lu se haya casado con el viejo Bounderby. Ella no tuvo nunca novio; y como el educador le propusiera al Sr. Bounderby, aceptó.

— Mucha obediencia es de parte de su amable hermana — dijo el Sr. Harthouse.

— Sí, pero mi hermana no hubiera sido tan obediente y la cosa no se hubiera arreglado con tanta facilidad, — repuso Tom — si no hubiera estado yo de por medio.

El demonio tentador arqueó solamente las cejas; pero no fué nada más preciso para que el mequetrefe continuara.

— Yo fuí quien la decidí — dijo, con aire de

superioridad muy edificante. — Me emplearon en la casa de banca del viejo Bounderby (á la que no tenía deseos de ir), y sabía yo que me encontraría allí siempre en mala situación, si Lu no acataba las fantasías del viejo; de modo que expresé mi deseo y Lu se apresuró á acceder. Lo haría todo por mí. La cosa es famosa, de su parte, ¿verdad?

— Magnífico, realmente.

— No que ello tuviera la misma importancia para ella como para mí — prosiguió Tom, con tranquilidad. — Mi libertad, mi dicha y mi porvenir quizá estaban en juego; ella no tenía novio, y tanto era estar en casa como en la cárcel, especialmente cuando yo me hallaba ausente. No es lo mismo que hubiese tenido que dejar á otro pretendiente por el viejo Bounderby. Pero, en fin, el acto fué muy hermoso, de su parte.

— No se puede ser más galante... Por lo visto ¿toma las cosas con dulzura?

— ¡Oh! — respondió Tom, con acento de protección desdeñosa — Es una verdadera muchacha. Y una muchacha se sale siempre de apuro. Ella está acostumbrada á ese género de vida, y lo mismo le da. Por lo demás, aunque Lu sea una chica, no es una chica ordinaria. Puede reconcentrarse en sí misma y soñar,

como la he visto muchas veces junto al fuego, durante una hora, sin interrupción.

— ¡Toma! ¡Toma! Tiene recursos en sí misma — dijo Harthouse, fumando suavemente.

— No tantos como V. puede creer — replicó Tom — pues nuestro educador la hizo atiborrar de multitud de paparruchas secas como serrín. Es su sistema.

— ¿Ha formado á su hija á su imágen y semejanza? — indicó Harthouse.

— ¿Su hija? ¿Sí! Y las demás también. Vea, me ha formado de igual manera, á mí, que le hablo — dijo Tom.

— ¡No es posible!

— Sí, que lo es — repuso Tom, moviendo la cabeza — Puedo asegurarle, señor Harthouse, que el día en que salí de casa para ir á la del Sr. Bounderby, era yo un borrego, sin saber de la vida lo que la primera ostra abierta.

— ¡Vaya, Tom! No me hará creer eso. Usted bromea.

— Le doy palabra de honra — dijo el mequetrefe. — Hablo seriamente, lo puede V. creer.

Siguió fumando, durante algunos minutos, con mucha gravedad y dignidad, y luego añadió con aire satisfecho.

— ¡Oh! he adquirido después algunos cono-

cimientos, que no trataré de negar. Pero los he aprendido por mí mismo, sin que el educador tenga nada que ver con ello.

— ¿Y su inteligente hermana?

— Mi inteligente hermana no ha salido de donde se la educó. Antes se me quejaba de no tener ninguna ocupación en que dedicarse, como las demás mujeres, pero no veo que hoy esté más adelantada. Pero esto le es igual — añadió con aire fino, lanzando algunas bocanadas de humo. — Las chicas se salen de apuro, de un modo ú otro.

— Cuando pasé, ayer tarde, por la casa de banca, con objeto de preguntar la dirección del Sr. Bounderby, encontré á una antigua dama que parece estar terriblemente encantada de la hermana de V. — repuso el Sr. Harthouse, tirando la punta de su cigarro, ya concluido.

— ¿La mamá Sparsit? — dijo Tom — ¡Cómo! ¿La ha visto V.?

Su amigo hizo, con la cabeza, una señal afirmativa. Tom quitóse el cigarro de la boca, para guiñar con el ojo (que se hacía difícil de gobernar) de un modo más expresivo, y al objeto de rascarse la nariz con la punta del dedo.

— Los sentimientos de la Sra. Sparsit para con Lu son más que de admiración — repuso Tom. — Diga *afección, devoción*. La Sra. Sparsit

no se encaprichó con el viejo Bounderby, cuando éste era soltero. ¡ Oh, no, nunca !

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el mequetrefe, antes que una modorra vertiginosa, seguida de un olvido completo, se apoderara de sus sentidos. Sacóle de ese estado de somnolencia un sueño agitado, que le daba la impresión de que le sacudían con la punta de una bota y, al mismo tiempo, escuchaba una voz que decía :

— ¡ Hola ! Es tarde ya. Larguémonos.

— Vamos — dijo, levantándose del canapé y estirándose lo mejor que pudo — es preciso que le deje... Oiga... su tabaco es bueno, ... pero es demasiado suave.

— Sí, es demasiado suave — replicó su huésped.

— Es... es... ridículamente suave — dijo Tom. — ¿ Dónde está la puerta ? ¡ Buenas noches !

Tuvo Tom entonces otro sueño extraño, en el que se sentía llevado como por un mozo de hotel, á través de la niebla, y aquel individuo se desvaneció en la ancha calle, en la que él permaneció solo, después de experimentar mucha molestia y pena. Luego se dirigió á su domicilio, sin hacer muchas eses, aunque se sentía bajo la influencia y la presencia de su nuevo amigo,

como si éste se cerniera en el aire, con la misma postura de abandono y le mirase de igual manera.

El mequetrefe entró en su casa y se acostó. Si hubiera tenido conciencia de lo que acababa de hacer, si hubiera sido un poco menos mequetrefe y más *hermano*, hubiera podido detenerse en seco y volver, después, la espalda á su domicilio, marchándose hacia el río infecto y tinto en negro, para acostarse precisamente allí, sumergiendo bien su cabeza en aquella agua burbujante y corrompida.

## CAPÍTULO XX

### HERMANOS Y AMIGOS

¡ Oh amigos míos, trabajadores explotados de Cokeville ! ¡ Oh, amigos míos y compatriotas, víctimas de un despotismo cuya mano de hierro os aplasta ! Os digo que ha llegado la hora de aliarnos unos con otros, para formar una unidad poderosa y pulverizar á los opresores, que se alimentan con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestra frente, con el trabajo de nuestros brazos, con la médula de nuestros huesos ; que pisotean los divinos dere-